

## La otra dermatología: dar para recibir



**Cristina Galván Casas**  
Dermatóloga.  
Facultativo especialista  
de área.  
Servicio de Dermatología.  
Hospital Universitario  
de Móstoles (Madrid).

Ser médico es muy fácil. Basta con estudiarse los libros adecuados, entrenarse en la observación, tener la curiosidad suficiente para mantener los conocimientos actualizados y atender a cada paciente como si fuera el único. Lo que es difícil es entender el funcionamiento de esta «casa de todos» que es el mundo. Convivo con el reconocimiento propio de la cantidad de cosas que desconozco y soy incapaz de mejorar, pero me consuela pensar que, desde que el hombre es hombre, existe la especialización. Mi campo es la medicina y, por tanto, es ahí donde puedo poner mi «granito de arena». De la misma manera que el músico necesita regalar los oídos de los espectadores con su arte, los médicos tenemos el buen vicio de querer curar cuando la enfermedad se nos pone delante. Esta vez he tenido la oportunidad de hacerlo en el Sahara.

Es un milagro que el pueblo saharauí viva y sobreviva desde hace tantos años en unas condiciones tan inhóspitas. En lo que era la zona más dura del desierto pedregoso han edificado sus «unidades urbanas» o *wilayas*. Con ladrillos de barro y lona construyen sus hogares, hospitales y colegios. Donde antes sólo había arena y pedruscos ahora se extienden mares de jaimas y casitas de adobe donde la vida es difícil, pero posible.

En esta ocasión mi misión no ha consistido en tratar enfermos, sino en mejorar la formación del personal sanitario. El planteamiento inicial con-

templaba una semana de clases en horario de mañanas bajo el tema genérico «Medicamentos».

Para mi sorpresa, una vez allí, y tras revisar con las autoridades sanitarias el material didáctico aportado, no quedó estructurada la programación de un curso sino de tres. Sobre la marcha surgió un segundo programa dirigido a los alumnos de la escuela de enfermería y un tercero para los profesores de dicha escuela. Al terminar la jornada, todos los días me esperaba un grupo de personas para que fuera a visitar a sus familiares enfermos.

Los alumnos del curso del medicamento, bien llamados «personal sanitario», actúan como médicos y como farmacéuticos en los campamentos, pero ninguno de ellos es titulado. Adquieren sus conocimientos en distintos cursos que la ayuda humanitaria proporciona y que las propias autoridades saharauí fomentan. Tienen una amplísima formación práctica derivada de la observación de casos. Este tipo de formación es muy útil pero tiene el gravísimo inconveniente de fomentar la repetición empírica de pautas terapéuticas aprehendidas sin base científica suficiente y no siempre adecuadas.

Titulados o no titulados, se dedican a curar. La experiencia les hace válidos para sacar adelante su trabajo. Son conscientes de lo que pueden hacer y, lo que es más importante, han desarrollado la coraza imprescindible para seguir trabajando cuando una y otra

vez dejan a un lado los problemas de salud a los que saben que no pueden hacer frente. Afortunadamente, con una frecuencia regular, los cooperantes sanitarios de distintos países acuden a desarrollar programas de prevención, cirugía, consultas, exploraciones especiales, etc.

Las clases fueron un diálogo continuo de preguntas y explicaciones. Los asistentes tenían hambre de información. Nunca se pudieron terminar los temas previstos, pero sin duda pulíamos la parte tratada a base de dudas y consultas sobre casos prácticos de su trabajo habitual.

En la escuela de enfermería las clases eran muy numerosas y la sensación de interacción no tan intensa como en los grupos más reducidos. Una vez licenciados, estos alumnos son los que van nutriendo y llevan el peso de la asistencia en los centros sanitarios. A pesar de la diferencia cultural y de medios, dar clases a estos «cuasi-adolescentes» no ha sido muy distinto de hacerlo con nuestros jóvenes. Su interés se centraba en los aspectos más prácticos y en los «efectos especiales» del PowerPoint.

Las reuniones con los profesores de la escuela tuvieron un interés especial. En grupos de dos o tres, la base de trabajo era el propio temario de la asignatura que impartían. Ellos exponían sus dudas



La Dra. Galván con una familia saharai.

y, con la ayuda del material de apoyo, durante 2 horas desarrollábamos formación a la carta y con «seguro» de interés.

Reconozco que he trabajado mucho, mucho, pero no ha sido gratis. Decidí imponer a todos los alumnos una obligación. Al terminar cada clase, de uno en uno, debían contestar dos preguntas: ¿Has aprendido al menos una cosa en la clase de hoy? Si es así, ¿puedes explicarla? Respondieron todos, sin excepción, y esa ha sido mi ganancia. Me he sentido muy bien pagada.